

CRISIS FINANCIERA E IDEOLOGIA

David Ibarra
27 de noviembre de 2008
El Universal

La identificación de las causas y los instrumentos destinados a suavizar las fluctuaciones cíclicas no son independientes del clima ideológico dominante. Sigue vivo y actuante –por más que vaya en retirada- el canon neoliberal establecido después de la quiebra del paradigma de Bretton Woods y cuyos propósitos a destacar podrían sintetizarse como sigue:

1. Fortalecer un sistema global de mercados a partir de la abolición de los proteccionismos que diese acceso irrestricto a las empresas transnacionales y a sus redes de finanzas, producción y comercio. Ahí los consorcios financieros gozan de las mayores libertades, toman precedencia en la integración de las transacciones internacionales y se constituyen en el sector más dinámico del Primer Mundo.
2. Restringir la acción del Estado, sea en materia de producción, regulación o de cualquier acotamiento a las libertades de los actores económicos privados. El propósito es facilitar la apertura de mercados sin interferencias gubernamentales. Y también el de garantizar la estabilidad de precios, condición indispensable al desarrollo ordenado de las transacciones entre mercados interconectados. Tal enfoque lleva a desplazar los objetivos del empleo y pone las responsabilidades del manejo macroeconómico casi exclusivamente en la política monetaria estabilizadora. Por ello deben equilibrarse los presupuestos públicos y hacer uso limitado de la política fiscal, desgravar la imposición directa, otorgar autonomía a los bancos centrales y renunciar al grueso de los instrumentos e instituciones estatales de control o de fomento.

En ese contexto, las primeras medidas correctivas siguieron sendas trilladas. Poco alivio a los ciudadanos perjudicados y amplio apoyo a las

instituciones financieras. A mediados de 2007, la Reserva Federal de los Estados Unidos redujo las tasas de interés del redescuento apenas comenzó a caer el índice de precios de los inmuebles. Luego se redujeron los requisitos a la concesión del propio redescuento a los bancos comerciales, a la calidad de las carteras y se abrieron facilidades a otros intermediarios financieros.

Hasta aquí, las acciones adoptadas siguieron paso a paso la ortodoxia monetaria, pero los resultados alcanzados fueron incapaces de detener la espiral contraccionista del sector financiero. La inyección de liquidez no indujo a los bancos comerciales a prestar más por cuanto las garantías de los prestatarios estaban disminuidas debido a los sucesivos desplomes del valor de sus activos y porque las tasas de interés del redescuento ya eran demasiado bajas para ser un estímulo suficiente al crédito comercial. A su vez, empresas y personas comenzaron a no solicitar préstamos ante lo incierto de sus ingresos futuros. Así se configura la llamada crisis de la confianza. Aun así, los principales bancos centrales decidieron reducir conjuntamente las tasas de interés y, al propio tiempo, las autoridades de varios países acrecentaron la cobertura de los depósitos como respuesta a posibles corridas bancarias.

En tales circunstancias, los gobiernos se vieron forzados a usar instrumentos distintos a los monetarios para sanear los balances de las instituciones financieras y reconstituir los flujos de crédito a la economía real, aun con violación a los preceptos del paradigma neoliberal. La inyección de recursos a las grandes hipotecarias Fannie Mae y Freddy Mac mediante la compra de acciones y las operaciones con la Aseguradora AIG, gravitan pesadamente sobre el presupuesto público. Pero todavía aquí, el espíritu intervencionista se limita a la adquisición de acciones preferentes sin voto y con derecho a recibir intereses.

Antes que intervenciones estatales en los bancos, se prefirió alentar soluciones privadas, es decir, compras de negocios en quiebra por otras empresas con balances más equilibrados. Ahí están las fusiones de Bear Sterns por JP Morgan o la de Merrill Lynch por Bank of America. Los inconvenientes de los salvamentos privados son claros: alientan la formación de oligopolios enormes,

no agrandan la capacidad neta de conceder crédito y facilitan el contagio de instituciones financieras sanas.

Todavía con intención de poner valladares al intervencionismo estatal directo, está la propuesta inicial del Secretario Norteamericano del Tesoro en el sentido de destinar 700 mil millones de dólares a la compra de carteras tóxicas de la banca comercial. Con vicisitudes, se obtuvo necesaria aprobación legislativa, pero ante la respuesta tibia de los mercados y las dificultades de valorar esa cartera sin perjudicar al fisco o a los bancos, buena parte de los recursos comprometidos se desviaron a la compra de acciones preferentes de una lista seleccionada de bancos.

A escala internacional tiene lugar otro debate. Reforzando la tradicional resistencia norteamericana a suscribir medidas multilaterales, se ubica la oposición alemana a la propuesta francesa de atacar regionalmente la crisis financiera. Hasta hoy, las soluciones han de ser nacionales a pesar de la integración global sin precedente de las finanzas. La reunión del Grupo de los 20 en Washington abrió una pequeña esperanza al comprometer esfuerzos reformadores del orden económico internacional –un nuevo Bretton Woods-, aunque por influencia del presidente Bush, preventivamente se reiteró la necesidad de resguardarse del intervencionismo y del proteccionismo.

Sin embargo, el ahondamiento de la crisis financiera persiste y enferma al consumo y a la producción. Después del rescate multimillonario del Citigroup, el desborde de los problemas al sector real de la economía quede evidenciado con las solicitudes de apoyo gubernamental de las empresas automotrices de los Estados Unidos. Frente a esos problemas, las autoridades americanas rompen no sólo con las inhibiciones fiscales, sino con las monetarias, al lanzar un programa complementario por 800 miles de millones de dólares. Al efecto, la Reserva Federal comprará deuda y títulos inmobiliarios por 600 mil millones. Además, crea otro instrumento estatal en beneficio del crédito al consumo y a la pequeña y mediana industria por 200 mil millones.

El plan de Paulson y sus 22 programas colaterales suponen acrecentar el gasto a cargo del contribuyente alrededor de 5 millones de millones de dólares

(un tercio del producto). El nuevo de la Reserva Federal se sustenta en la simple emisión monetaria. Se quiere inundar con dólares la economía, cancelar las incipientes tendencias deflacionistas y quizás alentar cierta devaluación del dólar en beneficio de la producción, el empleo y las exportaciones estadounidenses.

Con el típico enfoque pragmático de ensayo y error, el gobierno norteamericano encara la crisis haciendo poco a poco a un lado los enfoques y prejuicios del orden neoliberal. Por razones ideológicas se ha dejado que los problemas se agraven más de la cuenta. Sin embargo, así suelen ser las sendas de conciliación de las ideas frente a los intereses de orden privado o político. En México el retraso es mayor. Todavía no hay un programa de emergencia, ni siquiera se ha organizado un debate público sobre como atajar a la depresión que se nos viene encima.